

MEGAN MAXWEL

SÍGUEME *la* CORRIENTE



Sígueme la corriente

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imágenes de la cubierta: Shutterstock y © Joe Potato - Istockphotos - Getty Images
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: febrero de 2015
ISBN: 978-84-08-13664-0
Depósito legal: B. 284-2015
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Héroe

La gala musical en el espectacular auditorio de Los Ángeles era divertida y todos los asistentes lo pasaban muy bien.

Productores musicales, cantantes, actores, modelos y guionistas de cine bebían, bailaban y cantaban al sonido de la mejor música del momento.

Uno de los asistentes más solicitados era Anthony Ferrasa, Tony para los amigos.

Un compositor guapo, simpático, seductor y moreno de ojos verdes que las volvía locas a todas, y no sólo por su fascinante mirada. Tony era el mediano de los hermanos Ferrasa, hijo de la fallecida cantante Luisa Fernández, más conocida como La Leona, y cuñado de Yanira, la cantante que estaba pegando fuerte en las listas de ventas.

Tony era el soltero más cotizado de Los Ángeles y, vestido con aquel traje negro, la camisa blanca y la pajarita, era una delicia para la vista. Era un hombre que no se dejaba enamorar por nadie, pero que las enamoraba a todas con sus felinos ojos claros, su porte atlético y su sonrisa cautivadora.

Mientras sonaba de fondo *Treasure*, de Bruno Mars, y la gente bailaba, él hablaba con una guapa modelo rusa, consciente por cómo ésta se tocaba el pelo, se mordía el labio inferior y sonreía, de que la noche prometía. Sin duda la joven había caído en sus redes sin él apenas proponérselo.

—Tony, ¿puedes venir un momento?

Al oír la voz de Yanira, le guiñó un ojo a la mujer que estaba con él y, tras pedirle un segundo, se acercó a su cuñada. Ésta, con una sonrisa, cu-chicheó en su oído:

—Me acaban de proponer grabar una canción con Beyoncé y Jennifer Lopez. ¿Qué te parece la idea?

—Wepaaaaa —respondió él.

Juntar a aquellas tres diosas de la música, guapas, sexis y triunfadoras era como poco una gran idea y contestó encantado:

—Creo que será un exitazo. ¿Quién te lo ha propuesto?

Con disimulo, la joven se movió hacia la derecha y murmuró:

—El que está hablando con tu hermano Omar.

Tony miró con curiosidad y, al ver quién era, asintió.

—Alfred Delawey, vaya... vaya...

Ambos reían contentos cuando Dylan, otro de los hermanos de Tony, y marido de Yanira, se acercó a ellos y, tras darle a su mujer la bebida que llevaba en la mano y agarrarla por la cintura, preguntó:

—¿Qué tramáis?

—Le contaba a Tony la proposición de Delawey —contestó ella, apoyando mimosa la cabeza en su hombro.

—¿Qué te parece a ti, Dylan? —le preguntó Tony a su hermano.

El doctor Dylan Ferrasa, un hombre bastante celoso de su intimidad sonrió al entender por dónde iba la pregunta y, tras darle un beso en la frente a su mujer, respondió:

—Me parece bien.

Yanira y Tony se miraron extrañados.

—¿Ninguna objeción? —insistió éste.

Dylan soltó una carcajada. Si algo había aprendido en aquel tiempo era a confiar en su mujer y, sin soltarla, dijo:

—Alfred no es un tipo que me caiga especialmente bien, pero Yanira sabe lo que hace.

Ella levantó las cejas divertida y se puso de puntillas para darle a Dylan un beso en los labios.

—Si es que más guapo, precioso, buenorro y achuchable no puedes ser, cariño —exclamó.

Encantado, el doctor Ferrasa sonrió y se dejó besar. Adoraba a su esposa. Ella era única y, sin duda alguna, lo mejor que le había pasado en la vida.

Tony puso los ojos en blanco. El amor que se profesaban aquellos dos era apasionado e increíble y masculló:

—Ya estamos con el besuqueo.

Ellos lo miraron divertidos y Yanira preguntó:

—¿Envidia?

—Noooooooo —se mofó Tony, mirando a la rusa—. No digas tonterías. Tengo lo que quiero.

Yanira miró en la misma dirección.

—Esa mujer es muy guapa, pero sólo con verla sé que no es para ti —comentó.

Dylan soltó una carcajada y Tony replicó divertido:

—Cuñada, mi vida es estupenda. Hago lo que quiero y estoy con quien quiero. ¿Qué más puedo pedir?

Ella lo miró. Tony tenía razón, pero aun así, dijo:

—Sé que tienes lo que quieres, pero todas esas mujeres son más falsas que un dólar con la cara del Pato Donald. La mayoría sólo quieren salir en la prensa contigo y promocionarse.

—Lo sé. Pero no olvides, rubita, que yo también quiero de ellas algo muy simple: sexo. Nada más.

—A este paso, como se dice en España, te quedarás para vestir santos —insistió la joven—. Joder, Tony, que ya cuentas con una edad como para tener una familia. Te recuerdo que eres dos años mayor que Dylan.

Divertido por su comentario, sonrió y, dándole un tirón de pelo, dijo:

—Ya os tengo a vosotros por familia y, por cierto, ¿me acabas de llamar viejo?

—Ya no eres un chavalito, colega —replicó ella, viendo que su marido se reía—. Eres un cuarentón y...

—Dylan, ¿por qué no le dices a la entrometida de tu mujer que cierre la boca?

—Si me hablas así, te voy a mandar a freír espárragos, Tony Ferrasa —masculló Yanira—. Me da igual lo que digas y lo que pienses. Creo que debes buscar a alguien especial y dejar de ir de flor en flor, o terminarás como tu hermanito Omar.

—Wepaaaaa, ¡qué golpe más bajo! —se mofó Dylan.

—¡Dios me libre! —se carcajeó Tony.

Los dos hermanos reían por lo que había dicho Yanira cuando llegó Omar, el primogénito. Se plantó ante ellos, cogió a Yanira del brazo, y dijo, tirando de ella:

—Ven; Delawey está como loco por hablar contigo, y además tienes que actuar con Luis Miguel.

—Estamos en una fiesta, Omar —protestó ella—, no en una reunión de trabajo.

Su cuñado, un obseso del trabajo y de las mujeres, la miró e insistió, suavizando la voz:

—Lo sé, preciosa. Pero no olvides que en estas fiestas se cierran buenos negocios.

Tras resoplar mirando a Tony, Yanira le guiñó un ojo a su marido, que sonrió, y se marchó con Omar.

—Yanira tiene razón —le dijo Dylan a Tony cuando se quedaron solos—. Deberías encontrar a alguien que...

—Ya la tengo —lo cortó él y, señalando con disimulo, añadió—: Irina Sharapova. Metro noventa, exquisita elegancia y boca juguetona y sensual. Sin duda, voy a pasar una noche increíble.

Dylan miró a la joven rusa. Era muy guapa, en efecto.

—No dudo que lo pases bien, pero...

—Dylan, por Dios, ¡no empieces tú también con eso! Bastante tengo con escuchar a papá y ahora a Yanira —contestó Tony.

Al darse cuenta de que tenía razón, Dylan sonrió y, cambiando de tema, dijo:

—Omar sigue en su línea. No para ni un segundo.

—Ya lo conoces. Trabajo y mujeres son lo único que le interesa.

Ambos miraron a su hermano mayor, que, junto a Yanira, hablaba con Rick Delawey.

—A mí me tiene preocupado —dijo Dylan.

—¿Por qué?

Le contestó mientras miraba cómo Yanira subía al escenario para cantar con Luis Miguel:

—Desde que se separó de Tifany va pasado de vueltas con todo. Trabajo, viajes, fiestas, mujeres. Hace dos semanas ingresaron en el hospital donde trabajo a Sean Shelton. Al parecer, se extralimitó con la cocaína durante una fiestecita, y ahí lo tienes de nuevo.

Tony miró a aquel amigo de correrías de su hermano, mientras los primeros acordes de la canción *Delirio* comenzaban a sonar y los asistentes aplaudían a Yanira y a Luis Miguel.

Dylan, encantado de contemplar a su bonita mujer en el escenario, sonrió al ver que ella le guiñaba un ojo y comenzaba a cantar:

*Si pudiera expresarte cómo es de inmenso
en el fondo de mi corazón
mi amor por ti.*

Tony sonrió al ver la cara de tonto que ponía su hermano al oír cantar a su mujer y cuando Luis Miguel se arrancó, murmuró:

—Siempre me ha gustado esta canción.

—Es preciosa —afirmó Dylan, hechizado por la magia de Yanira.

Durante un rato contemplaron la actuación. Sin duda se notaba que Luis Miguel y ella tenían buena conexión en el escenario y lo sabían transmitir a los asistentes. Al cabo de un rato, al ver a Omar riendo con Sean Shelton, Dylan retomó la conversación:

—Omar sale mucho con él de fiesta y eso me da que pensar.

Ambos miraron a los dos hombres con curiosidad.

—No creo, Dylan —contestó Tony—. Omar nunca ha tonteado con las drogas y...

No pudo decir más porque de pronto se oyó el ruido de unas copas al caer al suelo y, al volverse, vieron a una chica del catering con el pelo de colores, caída entre los cristales.

Rápidamente, Dylan se agachó para ayudarla.

—¿Estás bien? ¿Te has cortado? —le preguntó.

La joven negó con la cabeza y, levantándose, contestó:

—Estoy bien, gracias, señor. —Y al ver cómo la miraba, aclaró—: El suelo debía de estar mojado por alguna bebida, no lo he visto y... ¡Madre mía, pero si lo he empapado! —exclamó, al ver mover la pierna al hombre que estaba con el que se había agachado.

Tony, al entender que se refería a él, sonrió y dijo:

—Tranquila, señorita. No ha sido demasiado.

Pero la joven, angustiada, murmuró con apuro:

—De verdad, ha sido sin querer. Lo siento... lo siento...

Sorprendido por tanta preocupación, Tony la miró y vio que estiraba el cuello y echaba un vistazo a los lados, inquieta.

—Lo sé, mujer... tranquila.

De pronto, ella frunció el cejo al ver que otro camarero joven le hacía señas.

—¡Maldita sea! —masculló.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tony.

Sin prestarle la atención que normalmente le mostraban las mujeres, la chica se retiró un mechón rosa de la cara y susurró:

—Ay, Dios, ¡ya viene!

Dylan y Tony se miraron sin entender nada.

—¿Quién viene? —le preguntó este último, acercándose a ella.

Avisada por David, Ruth había visto que su jefe, el señor Sebastián, al que entre ellos llamaban el Cangrejo, caminaba hacia ella, para su desgracia. Miró a los hombres que la observaban y al ver que no parecían tan estirados como otros que se hallaban en aquella fiesta, se acercó al que estaba hablando con ella y dijo:

—Tengo un jefe algo difícil de tratar y bastante pesadito para ciertas cosas. Y cuando vea lo que he hecho, estoy segura de que me caerá una buena.

—¿En serio? —preguntó Tony.

La joven del pelo de colores asintió con un gracioso gesto y, poniendo carita de perrillo abandonado, respondió:

—Totalmente en serio.

—Tranquila —dijo él divertido—. Le explicaremos que no ha sido culpa tuya.

—Gracias. Es usted muy amable.

Los tres sonrieron y ella, al ver cómo la miraba aquel bombón moreno, añadió:

—Si este trabajo no fuera tan importante para mí, le aseguro que lo mandaría a freír espárragos, pero...

—¿Española? —preguntó Dylan entonces.

La joven se encogió de hombros y respondió:

—Sí. ¿Por qué?

—Mi mujer también es española. De Tenerife —explicó Dylan—. Y cuando has dicho eso de mandar a freír espárragos...

Ella sonrió y, al ver acercarse a su jefe, le preguntó a Tony:

—¿Realmente me quiere ayudar? —Él asintió y ella, olvidándose de formalismos, añadió—: Entonces, ¡sígueme la corriente!

Dylan sonrió divertido cuando oyó que su hermano preguntaba:

—¿Que te siga qué?

—Chissss... ¡que se acerca!

Un segundo después, un hombre se plantó ante ellos y, mirando a la joven, le entregó un cepillo y un recogedor y preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, Ruth?

La muchacha comenzó a recoger el estropicio y respondió:

—Un golpe me ha desequilibrado y...

—¿Un golpe? —gruñó su jefe, mirándola, pero antes de que pudiera decir nada más, Tony mintió:

—Ha sido culpa mía. Ella venía cargada con la bandeja llena de copas, no la he visto, le he dado un empujón y se ha caído al suelo. Por suerte no le ha ocurrido nada ni se ha cortado.

Tras escucharlo, el hombre miró a la muchacha, que se encogió de hombros con gracia.

—He intentado esquivarlo, señor Sebastián, pero me ha sido imposible.

—Ha sido un movimiento involuntario de mi hermano. Es un poco torpe —intervino Dylan, ganándose una mirada divertida de Tony, y a continuación se puso a aplaudir porque acababa de terminar la actuación de su mujer.

El jefe los observó a los tres y finalmente dijo:

—Aun así, siento el desagradable incidente, señores. —Y volviéndose hacia la joven, siseó con voz seca—: Debes tener más cuidado y estar pendiente de lo que haces, ¿acaso no os lo he advertido antes de empezar?

—Sí, señor. Nos lo ha advertido, pero...

—Le acabo de decir que ha sido culpa mía —insistió Tony molesto.

El hombre asintió y, tras sonreírle, volvió a mirar a la joven y concluyó:

—Sigue trabajando e intenta que no se repita lo ocurrido. Ya hablaremos cuando finalice el evento.

Y, sin más, ante la atenta mirada de los tres, se marchó. Ruth, convencida de la bronca que le iba a caer, terminó de recoger los cristales del suelo sin demora y cuando acabó, dijo con una sonrisa cansada, sin apenas prestarles atención:

—Muchas gracias por su ayuda.

Dylan y Tony asintieron y miraron cómo se alejaba. Al llegar a las cocinas, Ruth tiró los cristales en el cubo de la basura y al dejar el cepillo y el recogedor, vio que David entraba con una bandeja vacía y, acercándose a él, murmuró horrorizada:

—Creo haber visto en la fiesta a Julio César.

—¡No jorobes! —exclamó él, dejando la bandeja que llevaba en las manos.

Julio César era el ex de Ruth. Un hombre que la había hecho sufrir más de la cuenta y del que había escapado tiempo atrás. Nerviosa y alterada, se dio aire con las manos y gimió:

—No sé si es él o no. No lo sé. Me he puesto nerviosa y me he caído al suelo y...

—Tranquila, tranquila —la interrumpió David y, agarrándola de la mano con decisión, dijo—: Vamos, debemos saber si es él o no podrás seguir trabajando.

Salieron de la cocina con las bandejas vacías, sin que su jefe los viera. Con cuidado, recorrieron la sala en busca de aquel hombre y, al acabar, Ruth respiró aliviada al darse cuenta de que lo había confundido con otro. Una vez entraron de nuevo en la cocina, la joven sonrió y, bebiendo un trago de agua, murmuró:

—Menos mal... menos mal.

David sonrió a su vez y tras beber agua él también, preguntó:

—¿Quiénes eran esos con los que hablabas, cachorra?

Ella se encogió de hombros.

—Ni idea, David, pero me han ayudado con el Cangrejo.

—¿Te han salvado el culo?

Al oír esa expresión tan española, Ruth asintió y su amigo dijo:

—Pues sean quienes sean, la palabra «impresionante» se queda corta para describir a esos dos adonis de cuerpos esculturales y apolíneos. Por cierto, tendrías que haber visto a Rosalyn la pechugona con unos tíos de la fiesta. La muy descarada les servía mientras les enseñaba el canalillo.

Más tranquila, ella sonrió.

—Así me gusta —dijo David, cogiéndole la mano—. Sonriente estás mil veces más guapa. Por cierto, cada día me gusta más tu pelo, creo que me animaré a hacerme yo también unas mechas multicolores.

Ruth suspiró. Llevaba el pelo teñido de colores para ocultar su llamativa melena roja y para que Julio César no la pudiera reconocer.

—Pues te recuerdo que tenemos al mejor peluquero del mundo —contestó ella, mirando a su buen amigo.

—¡Mi Manuel es el dios del tinte!

Ruth sonrió. Manuel, el marido de David, era peluquero, y lo que aprendía en sus cursos de peluquería creativa lo experimentaba con ellos antes de llevarlos a la práctica en el salón que regentaba

Sin aquellos dos inmejorables amigos, su vida en Los Ángeles sería un caos; más contenta, añadió:

—De una cosa no me cabe la menor duda. ¡Es tendencia!

En ésas estaban cuando el señor Sebastián, alias el Cangrejo, se acercó a ellos. Como era de esperar, a Ruth le cayó una buena bronca por su supuesta torpeza. Al terminar, el hombre dijo:

—David, Ruth, haced el favor de sacar la basura y llevarla al contenedor ¡ya!

Sin rechistar, ambos asintieron y, cuando él se fue, David murmuró:

—El Cangrejo debe de llevar una vida sexual malísima. No es normal que esté siempre de tan mal humor, ¿no crees?

Ruth sonrió y cuchicheó:

—Anda, saquemos la maldita basura al contenedor.

Al hacerlo se cruzaron con Andrew, el jefe de seguridad de casi todas las fiestas en las que trabajaban, que al ver a Ruth dijo:

—Hola, cara bonita, ¿todo bien?

Ella sonrió y David marujeó al sentirse excluido del saludo:

—Helloooooooooooooo, ¡yo también existo!

Andrew sonrió ante su salida y, guiñándoles un ojo, desapareció sin decir más.

—Qué buenorro está el jodío. Y cuando va en su moto, con esa chupa de cuero y su pinta de macarra, ¡está para comérselo enterito! Entre tú y yo, cachorra, todavía no entiendo cómo no te lo has zampado.

Ruth se encogió de hombros. Andrew era un buen amigo y, a pesar de sus continuas insinuaciones y la atención que le prestaba, no veía nada más en él.

Mientras, en la fiesta, los hermanos Ferrasa seguían hablando de sus cosas y, tras terminar su copa, Tony miró a la modelo rusa que los observaba no muy lejos y dijo:

—Te voy a dejar, hermano.

—¿Por qué? —Dylan sonrió al imaginarse la respuesta.

Tony, con su gran sex-appeal, miró con lujuria el cuerpo de la joven y respondió:

—Una guapa rusa requiere mi presencia y no me gusta hacerme de rogar.

Dylan, divertido, le dio un puñetazo en el hombro y vio cómo su

querido hermano se alejaba. Instantes después, Tony se acercó a la rusa y, tras decirle algo al oído, ella sonrió y se marcharon juntos de la fiesta.

—¿Tony se va? —preguntó Yanira, que acababa de llegar junto a su marido.

Dylan asintió. Miró a su bonita y rubia mujer y, agarrándola por la cintura, acercó la boca a su oreja y murmuró:

—Has cantado maravillosamente bien, conejita. —Complacida, ella sonrió y él cuchicheó—: ¿Qué tal si me llevo a mi preciosa mujercita a otra parte?

—¿Adónde? —le preguntó Yanira sonriendo.

Dylan se sacó una tarjeta del bolsillo, se la enseñó y, una vez ella leyó California Suite, añadió:

—Fabián nos espera allí.

Ella asintió complacida. Si algo le gustaba en el mundo era disfrutar de una buena sesión de fantasía y sexo con su marido y, encantada, respondió:

—Entonces no lo hagamos esperar.

Tony salió del local riéndose con la rusa y, en cuanto el aparcacoches lo vio, le llevó rápidamente su impresionante Audi R8 Spyder gris oscuro. Al ver el coche, Irina sonrió. No esperaba menos de aquel famoso compositor. Tony, con galantería, le abrió la puerta para que entrara. Cuando la cerró, rodeó su coche con paso seguro mientras se desabrochaba la chaqueta del traje.

Desde el otro lado de la calle, junto al cubo de basura, David, que había presenciado la escena, miró a su amiga y preguntó:

—Cachorra, ¿no es ése uno de los adonis que te han salvado el culo en la fiesta ante el Cangrejo?

Sin prestarle excesiva atención, Ruth lo miró y dijo:

—Sí.

Sin quitarle ojo, David lo escaneó. Moreno, alto, con clase y, por lo que veía, con un increíble coche que llamaba toda su atención.

—Visto a la luz de los focos y aunque sea de noche, es un hombre impresionante. Qué piernas más largas. No quiero imaginarme cómo debe de tener el resto.

Ruth sonrió al oírlo y, mientras echaba la basura en el contenedor, contestó:

—Tampoco es para tanto, David.

—Sin duda, nena, a ti el radar se te estropeó hace tiempo —dijo él, negando con la cabeza y llevándose la mano al cuello—. ¡Ese tipo es una auténtica bomba sexual! ¿Cómo puedes decir que no es lo más de lo más?

Divertida, ella volvió a mirar al desconocido. No le cabía la menor duda de que aquel hombre podía ser una bomba, en España, en China, en Brasil y donde se lo propusiera. Todavía recordaba sus increíbles ojazos claros, pero respondió:

—Pues muy fácil, corazón, porque tengo otras cosas en la cabeza que son más importantes que un tipo rico, sexy y atractivo para el que no existo. —Y, suspirando, exclamó—: Eso sí, ¡el coche que lleva es una pasada!

—Pero ¿cómo te puedes fijar en el coche teniendo a semejante adonis delante? —Ruth levantó las cejas y David añadió—: Vale... vale... no he dicho naaaaaaaaaaaaa.

Ambos rieron.

—Al pobre le he empapado el pantalón, pero aun así ha sido amable conmigo —comentó ella.

—Qué monoooooooooooo.

Sin mirarlos ni reparar en ellos, un sonriente Tony pasó por su lado y, cuando se alejó, Ruth comentó:

—El día que me toque la lotería, prometo comprarte un coche igual.

—¿Con un hombre dentro como ése?

—No creo que a Manuel le guste la idea.

David sonrió y, retirándose el flequillo de la cara, respondió:

—A Manu le gustaría tanto como a mí. Pero vale, me has convencido. Cuando te toque la lotería, quiero un coche igual, pero amarillo pollo, para que todo el mundo me vea venir.

Ruth asintió divertida.

—Trato hecho. Será amarillo pollo.